

---

# La ciudad colonial americana

## PRESENTACIÓN

El continente americano es el que reúne un mayor número de ciudades regulares y homogéneas, desde su nacimiento hasta su expansión y desarrollo actual. Frente a los laberintos de las medinas árabes, las formaciones de cuadras americanas con sus inmensas plazas son ciudades abiertas a la luz y a las

gentes, donde orientarse es un ejercicio sencillo. Los pueblos precolombinos —azteca, maya, nahualt, inca...— desarrollaron culturas urbanas que desaparecieron en ocasiones antes de la conquista castellana o se mistificaron con el urbanismo regular europeo que se sobreimpuso. Muchas de las formas anteriores sólo las conocemos por los testimonios arqueológicos, pero después de cinco siglos el patrimonio americano de época colonial supera al europeo en muchos aspectos.

Después de unos inicios vacilantes y de no pocos problemas de emplazamiento, las ciudades se afianzaron en todo el continente, desde el Caribe y el Istmo hacia el sur y el norte. Castellanos, portugueses, ingleses y franceses llevaron los planos europeos a sus dominios coloniales, pero muchas veces encontraron precedentes mejores y terminaron por adaptarse a las circunstancias. Los cambios frecuentes de ubicación demuestran las dificultades iniciales, frente a las milenarias capitales de los imperios precolombinos. Las nuevas ciudades se sitúan casi en su totalidad en las orillas atlánticas, como cabezas de puente. El interior, las selvas y altiplanos fueron territorios ignotos durante siglos. Solo el comercio y los caminos transoceánicos llevaron la ciudad a los puertos del Pacífico. Las ordenanzas dadas por Felipe II en 1573 parecen copiadas de las fundaciones precedentes: "...que las tierras que se hubieren de poblar, tengan buenas entradas, y salidas por mar, y tierra...". Las ciudades precolombinas se adaptaron a los nuevos tiempos. Los topónimos se mezclaron y la ciudad se entendió conjuntamente puesto que en su desarrollo participaron ampliamente los pueblos indígenas.

La estructura interna de las ciudades recuerda en gran parte los escritos del monje gerundense Francesc d'Eiximenis recogidos en su libro *Lo Crestià*, de 1380: "tota bella ciutat devia ésser quadrada..., car llavors, al mig de cada costat, deu ésser un portal principal..., e del portal d'orient fins al portal de ponent pas carrer gran e ample traversant tota la ciutat de part en part; semblant sia del portal principal qui guarda mig jorn fins a l'altre principal qui guarda tramuntana...". Una ciudad con dos ejes principales y una plaza central, al estilo de los campamentos romanos. En América encontramos varios ejemplos de este concepto y las *Leyes de Indias* también lo recuerdan: "...se haga

la planta del lugar repartiendola por sus plaças calles y solares a cordel y regla comenzando desde la plaça maior y desde allí sacando las calles a laş puertas y caminos principales y dexando tanto compas abierto que aunque la poblacion vaya en gran crecimiento se pueda siempre proseguir en la misma forma...”.

Francesc d'Eiximenis, como buen religioso, aconsejaba sobre la necesidad de ubicar parroquias y el templo principal en lugares preeminentes. Las Leyes de Indias recogen y reafirman este consejo: “A trechos de la poblacion se vayan formando plaças menores en buena proporcion adonde se han de edificar los templos parroquias y monasterios”. Las iglesias cumplían en muchas ocasiones un claro papel defensivo: “Si la población fuera en costa, dispóngase (el templo) de forma que en saliendo de mar sea visto, y su fábrica como defensa del Puerto...”. El Cabildo, Aduana, Atarazanas y otros edificios públicos se levantaban en lugares centrales. “Hecha la planta y repartimiento de solares, cada uno de los pobladores procure armar su toldo..., o hagan ranchos con maderas y ramadas, donde se puedan recoger...”. Por lo visto, corría mucha prisa ocupar los lugares y quizá esto justifique algunas irregularidades en los planos.

La ciudad colonial pierde en parte la clara división artesanal del espacio que se encontraba en las fundaciones medievales de la Península. El desconocimiento de los lugares a colonizar puede ser la causa como también la pretensión de que el mayor número de pobladores fuesen agricultores y ganaderos a la par. El clero, el ejército y la administración real completaban el parco número de fundadores, “...por lo menos tengan treinta vecinos...”, es decir, unos 200 habitantes formarían el censo inicial de las nuevas ciudades.

Un capítulo importantísimo fueron las defensas. Las ciudades vecinas del mar fueron auténticas fortalezas, como se verá en varios artículos de este número monográfico. También se cuidó en las Leyes la relación con los indígenas, aunque después no se cumpliera o ya no hubiese nativos cuando se redactaron los consejos: “que las estancias, y tierras, que se dieren a los Españoles, sean sin perjuicio de los Indios, y que las dadas en su perjuicio y agravio, se vuelvan a quien en derecho pertenezca”. Por último, destacaremos las condiciones higiénicas de las ciudades y la búsqueda de la calidad ambiental: “que los solares para Carnicerías, Pescaderías, Tenerías, y otras Oficinas, que causan inmundicias, y mal olor, se procuren poner hacia el Río, o Mar, para que con más limpieza y sanidad se conserven las poblaciones...” y en la propia construcción de las casas se aconseja que “...dispongan los solares y edificios que en ellos hicieren de manera que en la avitación dellos se pueda goçar de aires de mediodia y de norte... con patios y corrales...y con mucha anchura...y todo lo que fuera posible para la salud y limpieça”.

Finalmente, queremos recordar que los precedentes peninsulares tienen en nuestras comarcas castellanenses muy buenos ejemplos, como Vila-real, Nules, Almenara o la propia capital, enclaves cristianos desarrollados en la segunda mitad del siglo XIII con estructuras internas muy parecidas a las ciudades coloniales que se levantarán tres siglos después.

La revista que presentamos recoge ocho artículos dedicados a distintos aspectos de la ciudad en tiempos coloniales. Tres de ellos tienen su ámbito en México, otros dos en las Antillas y un tercero en el Istmo. Nueva España y el mar antillano, las primeras zonas en colonizarse, reúnen un buen número de ejemplos urbanos de la nueva ciudad, algunos muy bien conservados actualmente, como Trinidad, Antigua o Granada. Pero también, se busca en este número de *Tiempos de América*, las aportaciones de las grandes capitales del sur, como la singular Lima o Santiago de Chile.

Los temas tienen por común la historia y el desarrollo urbano, destacando varios de ellos los problemas iniciales que tuvieron los emplazamientos, en territorios y ambientes desconocidos para los conquistadores. También las crisis de las ciudades y sus efímeros papeles en las rutas comerciales o su gran patrimonio arquitectónico. Asimismo la cultura, las ideologías y la influencia precolumbina se analizan como valores específicos en la configuración de las ciudades latinoamericanas.

Esteban Sánchez de Tagle titula su artículo “La remodelación urbana de la ciudad de México en el siglo XVIII; una crítica de los supuestos”, donde destaca la idea de modernidad seguida por los vi-

rreyes, muchas veces contra los intereses imperiales, acometiendo distintas obras como el empedrado de calles y las mejoras sanitarias, con importantes problemas financieros y teniendo que cargar a los vecinos los impuestos de las reformas. “En vez de exigir a los propietarios la fabricación de los empedrados del frente de sus casas, las autoridades cobrarían cada año dos granos por vara cuadrada de las correspondientes...”. También el uso de los recursos generales en beneficio de determinadas calles, como las que ahora forman la calle de Madero, buscando el esplendor de algunos bulevares cuyas noticias venían desde Europa. Hubo el episodio de una lotería especial que se mandó llevar a efecto para acopiar recursos que luego se emplearon en el empedrado de las calles del pueblo de San Agustín de las Cuevas. Pueblo éste del todo ajeno a la ciudad, de hecho bajo la jurisdicción del marquesado del Valle, cuyos empedrados fueron atendidos por ser, en época de fiestas, paseo dilecto de quienes tenían coche y querían lucirlo. Las transformaciones no fueron tan solo urbanas, también se cambiaron los “viejos hábitos aristocráticos de ocio por la moderna ‘burguesa’ concepción de la actividad”. Se rompió con el privilegio eclesiástico y se generalizaron las ideas de limpieza y asepsia y cambios fundamentales como la modificación de las conductas: “un indiscutible paso adelante en el errático proceso civilizatorio”.

“Comerciantes y desarrollo urbano: la ciudad y puerto de Veracruz en la segunda mitad del siglo XVIII” es el artículo que escribe Carmen Blázquez Domínguez, donde destaca la influencia del comercio en el crecimiento y desarrollo de la ciudad, un lugar que desde fines del siglo XVI “era el único punto habilitado en la costa del Golfo para la carga y descarga de mercancías y pasajeros provenientes de la península...”. La ciudad se ajustaba a un plano en damero, como el mandado por las *Ordenanzas de 1576* para las ciudades costeras. El comercio fue tan importante en el devenir de Veracruz que para los inicios del siglo XIX eran esta ciudad y su puerto, por encima de la ciudad de México, las que controlaban la mayor actividad comercial del virreinato. Los comerciantes eran personajes destacados que participaban en todas las actividades ciudadanas y, por supuesto, en la dirección municipal. Destacan algunos provenientes de Guipúzcoa, como Pedro de Garay, natural de Orduña, conocido como “europeo del comercio de España”. La ciudad cambió durante las reformas borbónicas, dejando de ser un lugar de paso. Su imagen se alteró, al blanco criollo se le añadieron los colores indígenas, negros, mestizos y mulatos. En 1807 se habla de 20.000 pobladores, cifra notable en el contexto novohispano. Vinieron mejoras, pero también se acucieron los problemas derivados de su emplazamiento en la “tierra caliente” húmeda y pegajosa. Las enfermedades se reproducían constantemente y como puerto de entrada se reglamentó el control de todos los tripulantes. Ampliar la traza urbana, iluminarla y mejorar sus infraestructuras fueron medidas encaminadas a superar los graves problemas ambientales que padecía Veracruz. “En conjunto, dichas transformaciones cambiaron el puerto descrito por viajeros y visitantes de siglos anteriores aunque, en realidad, la opulencia que caracterizó a la centuria de las Luces en otros enclaves urbanos no estuvo presente en el contexto porteño a pesar de su relevancia mercantil. Lo cierto es que mientras la Puebla de los Ángeles, entre otras ciudades, se revestía de azulejos, alfeñiques, yeserías y primores, fabricaba telas, jamones, tocinos y galletas para las flotas, Veracruz a duras penas completaba la traza urbana con la que iniciaría el siglo XIX.”

Antonio Aledo Tur investiga sobre la plaza hispanoamericana en “El significado cultural de la plaza hispanoamericana. El ejemplo de la plaza mayor de Mérida”, haciendo patentes las diferencias entre las plazas mayores de ambos lados del Atlántico, con preeminencia central de la plaza colonial frente al emplazamiento secundario de las plazas españolas, en especial las de las ciudades más grandes, como Madrid o Salamanca. La mayor antigüedad es una de las causas, pero también el papel simbólico y la acumulación de poder, civil y eclesiástico. Mérida se fundó en 1542 sobre las ruinas de T-Hó. Como otras ciudades yucatecas, su papel inicial fue como centro estratégico de conquista y colonización, después, las élites encomenderas controlaban los asuntos políticos, económicos y sociales. En la ciudad se recogían los excedentes agrarios y los tributos y como centro de consumo provocó el posterior desarrollo de las haciendas y estancias en el campo yucateco. El mo-

delo octogonal es el escogido, que busca en parte ensalzar la plaza mayor, como símbolo de propaganda y como materialización del poder español. “La plaza de Mérida simbolizaba la cohesión de los cuatro poderes participantes en la empresa colonizadora. La Corona española estaba representada por la Casa del Gobernador, la Iglesia Católica, en la catedral; la empresa de conquista, por el palacio del Adelantado Montejo; y los intereses del grupo de colonos-encomenderos, en el edificio del Cabildo... Así pues, la plaza aglutinaba y concentraba los poderes del imperio español.” Se destaca la influencia del factor indígena en el significado de la plaza hispanoamericana, muchas veces olvidado y la capacidad de las culturas indígenas y sus actores sociales de influenciar, afectar o modificar a la cultura dominante.

Finalmente, en las plazas se produce y concentra un poder real, como el control de la información. “La plaza hispanoamericana fue resultado de la combinación de las tradiciones europeas, peninsulares y pre-coloniales contextualizadas dentro del proceso de conquista y colonización... pero en este proceso, la población indígena deja de ser vista como un mero receptor pasivo del poder colonial, para entenderse en un actor social que influían, y de manera profunda, tanto en las formas y contenidos del entorno construido como en los procesos socioculturales que allí tenían lugar.”

Carlos Venegas Fornias escribe sobre una de las ciudades más bellas de América: “La Habana, patrimonio de las Antillas”. En el primer escenario de la colonización americana, La Habana fue fundada en 1514 en la costa sur, la más occidental de las siete villas de la colonización de Cuba, puente natural con las penínsulas de Yucatán y Florida. La ciudad no ocupó un lugar destacado en su origen y “la ausencia de un plan previo para el trazado urbano fue suplida por un mecanismo más simple que consistió en establecer condiciones para la traza fijando sólo las medidas de solar y el ancho de las calles, lo cual permitía una prolongación flexible adecuada a las rápidas demandas”. Su carácter especial hizo que contara con un código propio de ordenanzas locales dictadas en 1573 por uno de los oidores de la Audiencia de Santo Domingo. En 1558, tras un incendio corsario, se decidió dotar a la ciudad con unas defensas inexpugnables. Las fortalezas se completaron con la construcción del castillo del Morro en 1615, considerado el mayor de todas las Indias.

La población fue creciendo acorde al desarrollo económico. Una visita pastoral a la ciudad en 1754 arroja el censo de 3.497 casas clasificadas por categorías en casas altas; casas bajas principales; casas bajas accesorias y casas bajas de tapia, embarrado y guano. Los trabajos artesanos relacionados con la vivienda fueron muy importantes, destacando los artesonados y los colores de las viviendas. “La imagen de La Habana al mediar el siglo XVIII, con sus 3 plazas mayores y 11 plazuelas, numerosa y heterogénea población, colorido y lujo en el vestir, debió ser intensa y fuertemente dinámica con varios centros, y muy distante del comportamiento común de una plaza mayor centralizada, núcleo de altas funciones sociales, propio de la mayoría de las ciudades coloniales hispanas.” La ciudad desbordó sus muros y en 1861 se aproximaba a los 170.000 habitantes. Su *hinterland* se amplió y la agricultura de exportación hizo mejorar los caminos, transformados en calzadas, acompañadas de alamedas, abiertas a la par que Madrid o Barcelona, en 1772. En 1819 se implanta el plan de ensanche de la ciudad, aventajando a muchas ciudades europeas. La ciudad fue ampliándose en nuevos barrios, como Vedado, “siguiendo tendencias modernas y universales: el edificio en altura para espacios céntricos y muy poblados, y la casa suburbana aislada localizada en medio del paisaje natural”.

“San Juan de Puerto Rico”, de Aníbal Sepúlveda Rivera, investiga la historia urbana de la capital antillana, desde sus orígenes hasta la actualidad. Entre otras fuentes, se utiliza una curiosa e interesante, la numismática, que recoge distintas imágenes de la época colonial. Como muchas otras poblaciones cambió de emplazamiento tras su fundación en 1508. “Con la mudanza definitiva a la isleta, San Juan se integró al mundo atlántico en formación como ciudad puerto”, adoptando un papel defensivo que se refleja en sus distintas fortalezas, tan necesarias contra los numerosos asedios, como el de Francis Drake de 1595. En 1625, los holandeses tomaron la ciudad por breve tiempo y la inmortalizaron en diversos dibujos. En un plano de 1792 se recogen las impresionantes de-

fensas sanjuaneras: por mar, el castillo de San Felipe del Morro, protegía la entrada de la bahía; por tierra, era el castillo de San Cristóbal el vigilante urbano. En el siglo XIX San Juan se expande más allá de sus muros, pero también agrava sus problemas de hacinamiento. La exportación del azúcar deja paso al café y tabaco y se conforma un sistema de ciudades en la isla que rivalizan con la capital, caso de Ponce y de Mayagüez. A fines de la centuria alcanzaba 25.000 habitantes. La activa vida rural, con las haciendas, difuminó el poder capitalino. Pero con la nueva administración estadounidense San Juan recuperó su papel central y portuario de exportación. El azúcar recuperó su importancia y los ferrocarriles convergían en la ciudad. En la ciudad aparecen nuevos barrios y edificios en terrenos liberados, aunque no se superan los viejos problemas de hacinamiento y la degradación del centro es creciente.

Tras la Segunda Guerra Mundial, “el casco antiguo de San Juan se convirtió en una especie de símbolo de una hispanidad agredida que había que defender”. En 1952 se creó el Estado Libre Asociado, que se tradujo para la ciudad con la implantación de distintas normativas y la renovación de varios sectores. También se realizaron censos sobre monumentos históricos y actuaciones de diverso éxito. “La inercia del proceso iniciado en la década de 1950 prevalece a pesar que está ocurriendo otro tipo de degradación del centro histórico: no se trata ahora de cómo lograr que se restauren las estructuras, sino de cambiar actitudes y las formas de manejar un centro histórico acechado paralelamente por la mitificación culturalista y el efecto disney de las inversiones para el turismo.”

“Portobelo y sus interminables proyectos de traslado”, estudio efectuado por Carmen Mena García, añade a las ciudades coloniales portuarias que se recogen en este monográfico de *Tiempos de América*, el principal puerto del istmo centroamericano, “cabeza de puente a los reinos del Perú”. Como indica el título del artículo, estamos ante un claro ejemplo de lo sucedido en tantas otras ciudades: sus interminables proyectos de traslado. Portobelo fue antes Nombre de Dios y un lugar que no tenía más de dos calles principales con modestas casas. Sin embargo, la ciudad tenía episodios brillantes coincidiendo con la llegada de las flotas. La *Feria de Portobelo* era admirada por su riqueza.

Como puerto de mar, Portobelo fue un importante prostíbulo, pero la fama también le vino por sus enfermedades endémicas. Emplazado junto a una ciénaga, estaba siempre amenazada por sus pestilencias y fiebres. En el primer traslado, la nueva ciudad se sitúa cinco leguas al oeste de Nombre de Dios y se bautiza oficialmente como San Felipe de Portobelo, en 1597. Se fortifican varios lugares, con la participación de Antonelli, aunque con relativo éxito. Quizá por ello, solo tres años después de su fundación aparece un proyecto anónimo que recoge el lugar donde se emplaza la ciudad y el llano donde convendría mudarla. Es un modelo ideal de ciudad regular y fortificada que nunca llegó a plasmarse. En 1680 aparece el proyecto de la nueva ciudad amurallada de San Carlos de Portobelo, proponiendo una isla a menos de un km del antiguo emplazamiento, contando con el apoyo del rey, poco después que la ciudad sufriese un grave asalto de la piratería. La financiación real parecía una garantía, pero las cosas no salieron como estaban previstas. Nuevamente, se desenterró el proyecto en 1730, pero esta vez serían los comerciantes los que correrían a cargo de los gastos de fortificación. Una vez más se comenten los mismos errores de emplazamiento en lugares con un ambiente adverso. Pese a perder el istmo parte de su importancia económica, continúan los proyectos o consultas de traslado, como en 1749, 1753 y 1779. “Nadie la indultó. Sobrevivió hasta languidecer después de que en 1739, a consecuencia del ataque de Vernon, fueran suprimidas las ferias que constituían la savia que la nutría, la única razón de su existencia. La desidia de las autoridades, la dilapidación de los fondos públicos, los intereses creados de los comerciantes implicados en la Carrera, un ir y venir de ingenieros militares, de proyectos fallidos, de ir pasando el tiempo, dejó todo como estaba, aunque no estuviera bien.”

José Beingolea Del Carpio y Carlos Díaz Mantilla nos presentan un trabajo sobre “Lima, 1535-1866: cultura material e ideología urbana” en el que efectúa un amplio repaso sobre la historia urbana de la ciudad y la tipología de sus edificios. El lugar escogido para la ciudad tiene una impor-

tancia clave como contrapunto a la imperial Cuzco: “La creación de una nueva capital, para el nuevo reino, ubicada en la costa, al pie del mar, invierte las relaciones e introduce las variables típicas de la economía de enclave... potenciando la importancia y el rol de una ciudad hegemónica a través de la cual se controla todo el virreinato”. En cuanto al trazado urbano, “Lima constituiría la culminación de un proceso de carácter empírico, que configura lo que se ha denominado el ‘modelo clásico de ciudad hispanoamericana’, subordinada más a preocupaciones de carácter práctico que a premisas ideales, o a modelos apriorísticos”. El valle del Rimac (del quechua, *el que habla*) fue el emplazamiento escogido, aunque ocupando tierras llanas a diferencia de las laderas que buscaban los patrones urbanos andinos. Clima árido con alta humedad relativa pero con un río beneficiador.

La traza inicial fue ampliándose y fragmentándose por la presión inmobiliaria ya palpable a fines del XVI. Las casas tradicionales tienen dos niveles delanteros y a partir del terremoto de 1586 se desarrolla la casa pre-palacio de mayor envergadura. La calle es la propia del sistema de “regla y cordel”, pero las viviendas aportan variedad. Las murallas encerraban un recinto poligonal que refleja la inexistencia de un ideal geométrico. La ampliación de la ciudad significa la aparición de la segregación urbana, en especial los núcleos de indios y negros. A fines del XVI, la traza y el tejido urbanos alcanzaban 314 hectáreas y unas tres mil casas. Las tipologías residenciales se amplían. Las “quintas” eran casas señoriales, frente a los populares “callejones” y “corralones” y el “balcón de cajón” se constituye en símbolo de la identidad limeña. En 1857, la ciudad alcanzó 94.195 habitantes, un número notable tanto en el ámbito latinoamericano como europeo.

“La importancia de Lima, tiene que ver con el haber sido la más importante ciudad del virreinato, potenciada por su mítica relación con ‘el dorado’ o con ‘el Perú’, como sinónimo de oro. Ese valor se encuentra también en la singularidad de su historia urbana, constituyendo eslabón fundamental de lo que se conoce habitualmente como el modelo clásico de ciudad Hispanoamericana, modelo por cierto no apriorístico, sino construido en el trágico episodio de la conquista.”

Finalmente, Isabel Cruz de Amenábar escribe “Una periferia de nieves y soles invertidos: notas sobre Santiago, fiesta y paisaje”, un trabajo sobre el “paisaje festivo” de la capital chilena, que abundaba en días feriados en los siglos XVII y XVIII. El Año Litúrgico marcaba el ciclo de vida: Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, Pentecostés, con los consiguientes cambios de clima y colores simbólicos, algo que no ha cambiado mucho en el rito católico actual. Curiosamente, la inversión hemisférica chilena producía ciertas contradicciones entre clima y ritual. La Navidad, cálida y nocturna, se celebraba con bullicio en las iglesias al caer la noche. Posteriormente, la gente se dispersaba por la ciudad y “el ruido de los fatales cuernos, pitos y matracas” continuaba toda la noche. La Semana Santa se presenta en otoño. Los tonos naturales ayudaban al patetismo ceremonial. “El clima pasional era realzado por terribles flagelaciones y penitencias que los devotos ejecutaban públicamente y que perduraron hasta comienzos del XIX.”

La fiesta “aguada” de Santiago del Nuevo Extremo llegó a ser la más importante junto al Corpus Christi. En ella convergían la celebración religiosa con el homenaje al monarca simbolizado en el Paseo del Estandarte, enseña que llevaba grabadas las insignias de la Corona. La fiesta popular la representaban los desfiles de caballos engalanados. La primavera traía la fiesta de San Francisco de Asís el 4 de octubre. En el campo se celebraba la fertilidad, con ramadas y diversiones distintas, mientras que en Santiago “los rituales se realizaban en la iglesia y claustro franciscano de la Alameda, a los que asistían las autoridades edilicias invitadas por el padre Guardián de San Francisco”.

“El clima festivo no era pues en Santiago colonial sólo el jolgorio de los ánimos, la tendencia al bullicio y a la extroversión, sino la orquestación entre el ánimo y el paisaje, entre la psicología colectiva y la naturaleza.”

Junto a los temas y ciudades aquí descritos, existen muchos otros pueblos y ciudades de las Américas que conservan buena parte o casi la totalidad de su pasado colonial, que es en la actualidad un patrimonio conjunto de todos aquellos que colaboraron en levantarlo.

VICENT ORTELLS CHABRERA